

se acomodaban muy bien con aquella especie de anarquía. Sin embargo, cuando esta anarquía había durado seis meses ó un año, enervando al poder ejecutivo y al poder legislativo; cuando se habían inferido cruces heridas al prestigio de Francia; cuando su renombre se hallaba comprometido, los mismos parlamentarios que habían aplaudido á la subida de Freycinet y habían obtenido de él todo lo posible, olvidábanse de pronto de su papel de protectores altivos, para convertirse en los adversarios más desdeñosos, en los enemigos más declarados. El 23 de septiembre de 1880, Freycinet había bajado del poder con alguna dignidad; el 29 de julio de 1882, fué derribado por casi toda la Cámara. Su segundo ministerio había durado seis meses, sin que ninguno de sus actos de gobierno se prestase á la apología.

XI

Después de la caída del gabinete del 30 de enero, el presidente de la República llamó sucesivamente á Freycinet, á Julio Ferry y á Brisson. El primero contestó que la Cámara se le había declarado demasiado hostil, para que él pudiese encargarse nuevamente del poder. Julio Ferry se declaró solidario de sus colegas del 30 de enero, y Brisson prefirió conservar la presidencia de la Cámara. Ante la negativa de los jefes del partido republicano, Julio Grevy, después de haber pensado en Leblond, en Tirard, en Decrais, en Courcel y en Billot, acabó por apelar á un hombre político de menos importancia. Ministro durante algunas semanas en 1848, dedicado en tiempo del imperio á grandes empresas industriales, Duclerc había entrado en la Asamblea nacional en 1871 y luego en el Senado en 1876. Durante diez años de una vida política algo obscura, había prestado servicios con su profundo conocimiento de los negocios, conquistándose el aprecio de republicanos y conservadores. Duclerc consiguió lo que otros más conocidos no hubieran logrado y, el 7 de agosto, quedó constituido el nuevo gabinete.

El presidente del Consejo se encargó de la dirección de los Negocios extranjeros que había de ser casi una sinecúra, en la situación creada á Francia por la política de su antecesor y por el voto de 29 de julio. La cartera de Gracia y Justicia y de Cultos fué confiada á Devés, presidente de la izquierda republicana. La del Interior pasó á manos de un republicano suelto, Fallieres. De la de Hacienda se encargó un diputado de la izquierda pura, Tirard. El general Billot y el vicealmirante Jaureguiberry se encargaron respectivamente de las de Guerra y Marina. La Instrucción pública y Bellas Artes se confió á un especialista, Duvaux, ex profesor del liceo de Nancy, que había llamado la atención por la competencia y buen sentido desplegado como ponente del presupuesto de este ministerio. La cartera de Obras públicas fué entregada á un republicano radical, Herisson, con la misión difícilísima de impedir la ampliación desmedida del plan de Freycinet. El Sr. de Mahy se encargó del ministerio de Agricultura, Pedro Legrand del de Comercio, y Cochery permanecía firme en el de Correos y Telégrafos. El 13 de septiembre, los Cultos, segregados de Gracia y Justicia, fueron agregados al Interior, cambiando por tercera vez de ministerio en un solo año.

Casi todos los nuevos ministros habían figurado, en 29 de julio, en la minoría de los 75. Una vez más el presidente del Consejo se había encontrado en la imposibilidad de formar el nuevo gabinete apelando exclusivamente á la mayoría que había derribado al gabinete anterior. Devés y Cochery habían formado parte del ministerio Gambetta, y su presencia, como la de algunos subsecretarios, indicaba una nueva tendencia hacia la unión republicana, una tendencia evidente á apoyarse en ella más bien que en la izquierda radical. Duclerc había llevado la conciliación hasta el último límite posible dando una cartera á Herisson; pero no ofreció nada más á la extrema izquierda, que le negó su concurso desde el primer día. El gobierno había pedido á las Cámaras, antes de que se cerrasen, el voto de las cuatro contribuciones directas; la extrema izquierda se abstuvo, y este retorno á la lógica y á la verdad parlamentarias fué el primer servicio prestado por el nuevo gabinete. Hombres y grupos volvían á ocupar su verdadero puesto.

El programa ministerial, leído el día antes, había sido muy breve. Una frase sobre la política exterior, dos sobre la política interior y nada más. El negar los créditos pedidos para el Egipto no es abdicar, decía Duclerc. Indudablemente la mayoría que había votado contra el gabinete el 30 de enero no había entendido abdicar toda acción exterior; pero su voto condenaba á Francia á asistir, impotente y muda, á los acontecimientos que se desarrollaban en Egipto. Respecto al Interior, el gabinete prometía, sin salir de vaguedades, esforzarse en hacer prevalecer las soluciones liberales y progresivas, y anunciaba su propósito de trabajar en pro de la unión de las diversas fracciones de la mayoría. De esta mayoría había de excluirse la extrema izquierda.

El Senado, como siempre, acogió el manifiesto ministerial con más confianza que la Cámara y no escatimó el voto de las cuatro contribuciones directas. Durante todo el período de la crisis había procedido, sin apresuramiento, pero no sin pasión, al voto en segunda deliberación de la ley sobre los sindicatos profesionales, que había de pasar aún por muchas discusiones y cambios antes de ser promulgada. El principio de la ley no era seriamente contestado, pero el Senado no admitía la intrusión de elementos ajenos en los sindicatos, ni las intrusiones de los sindicatos en el dominio de la política.

Desde el 9 de agosto hasta el 10 de noviembre, la opinión, desilusionada de las altas esperanzas que había concebido después de las elecciones generales, parece seguir los acontecimientos con escepticismo lleno de desaliento, como si ya no esperase medidas reformadoras, ni política consecuente, ni estabilidad ministerial. Las sesiones de los Consejos generales nunca habían sido tan tranquilas; consagrándose exclusivamente á las cuestiones económicas, las diputaciones provinciales parecían protestar contra la agitación estéril, contra las mezquinas intrigas de la Cámara de diputados.

A falta de acontecimientos más importantes, se discutió hasta la saciedad una carta en que Duclerc decía á un diputado amigo suyo, que la división es la muerte de las mayorías parlamentarias; que este axioma era aplicable sobre todo el partido republicano, por cuanto la única disciplina de que éste es capaz es la disciplina

voluntaria; que si no se imponían esta disciplina, podrían renunciar á constituir el gobierno republicano, y que el partido vencedor que no saca de sí mismo las fuerzas necesarias, está condenado á dejar de existir.

Indudablemente, la disciplina es una condición de vida para una mayoría; pero la unión, la consecuencia y la firmeza de miras en un ministerio no son menos necesarias para que éste revista autoridad, y el gabinete Duclerc, con su incontestable buen deseo, carecía de autoridad y de decisión. No se le puede reprochar habilidad alguna en presencia de las manifestaciones anarquistas de Montceau-le Mines y de Lyon; en cambio son de extrañar sus vacilaciones y sus timideces en presencia de las manifestaciones radicales del Consejo municipal de París ó del prefecto del Sena, Sr. Floquet, partidario decidido de la alcaldía central. Obligado á presentar su dimisión de diputado, después de su nombramiento de prefecto, Floquet, que echaba de menos su puesto parlamentario, aprovechó la ocasión de una vacante en los Pirineos Orientales para presentar su candidatura. Su manifiesto electoral se acercaba más al programa de la extrema izquierda que al programa ministerial. La extrema izquierda, por boca de Clemenceau, pedía entonces, como *mínimum*, la supresión del Senado, la elección de los jueces, la separación de la Iglesia y del Estado y la instrucción íntegra para todos. ¿Era admisible que uno de los principales funcionarios del Estado pudiese formular reivindicaciones de semejante naturaleza, valiéndose, si no del patronato oficial, al menos de su título de prefecto del Sena. El gobierno dejó prosperar la candidatura de Floquet; esperó con paciencia que éste fuese elegido diputado y presentase la dimisión de su cargo gubernativo, y lo reemplazó por Oustry, prefecto del Ródano.

A fines de octubre y á principios de noviembre se operó un importante movimiento diplomático. El señor de Michels fué enviado á Madrid, en substitución del Sr. Andrieux, cuya misión temporal no podía sobrevivir al gabinete del 30 de enero. El Sr. Lefebvre de Bechaine fué enviado al Vaticano y Luis Legrand á la Haya. Decrais dejó la dirección de la política para ir á representar á Francia en el Quirinal. Su nombramiento y el del general Menabrea como embajador de Italia en París restablecían corteses relaciones entre ambos gobiernos. Pascal Duprat fué nombrado ministro en Chile y Desprez volvió á encargarse de la dirección superior de los archivos del ministerio de Negocios extranjeros con el título de inspector general.

En Túnez, donde se había temido la repercusión de los sucesos de Egipto y una recrudescencia del fanatismo musulmán, la sumisión hacía, por el contrario, rápidos progresos: cada día, nuevas tribus, refugiadas en Trípoli, pedían indulto y volvían al territorio de la Regencia. Súpose al mismo tiempo que la reorganización marchaba por buen camino, pero se supo por el *Times*, que publicó el análisis de un tratado secreto, concluido el 10 de julio anterior, entre Francia y el bey, para la abolición de las capitulaciones y la extinción de la deuda. El tratado con Mohamed es Sadock conservaba naturalmente su validez bajo el gobierno de su hijo y sucesor, Si-Alí, que pasó á ser bey el 28 de octubre.

Mientras Francia parecía dormir, después de la agitación febril de 1881, Inglaterra, en medio de las

más graves complicaciones interiores, en plena crisis agraria, recogía los frutos de la abstención francesa. La opinión pública era tan imperiosa allende el canal de la Mancha, que Gladstone se veía obligado á extender aún más aquel imperio colonial cuyas enormes dimensiones temía.

El 30 de julio, menos de veinticuatro horas después del voto de la Cámara de diputados, mientras se preguntaban en París quién recogería la sucesión de Freycinet, lord Dufferin declaraba en Constantinopla, á los embajadores de las potencias y á la Puerta, que Inglaterra se consideraba encargada de restablecer el orden en Egipto. Tres días después, las primeras tropas inglesas de las Indias desembarcaban en Suez, sin que las Cuatro (Alemania, Austria, Italia y Rusia), que habían manifestado el propósito de asegurar la protección colectiva del canal, levantasen la sombra de una protesta. Inglaterra no hizo objeción alguna á aquella protección colectiva, puramente platónica, que había de dejar el campo libre á sus operaciones. La diplomacia había tomado al pie de la letra la frase de Bismarck, *ni veto ni mandato*, y seguía tranquilamente adelante, sin el temor quimérico de complicaciones europeas que había paralizado la acción de Francia. En París, la política se hallaba todavía en el período de las recriminaciones estériles: los radicales no podían admitir que su voto del 29 de julio produjese sus consecuencias lógicas; colmaban entonces de elogios hiperbólicos á Lesseps, presidente del Consejo de administración del Canal de Suez, que se había establecido en Egipto, obteniendo de Arabí la libertad de la navegación por el canal. Esta libertad fué asegurada, en efecto, y la satisfacción pueril de la prensa francesa duró hasta que los acontecimientos fueron tan claros que las personas menos avisadas tuvieron que renunciar á toda ilusión.

Del 29 al 20 de agosto, sir Garnett Wolseley desembarcó en Puerto-Said; ocupó los establecimientos de la Compañía de Suez é interrumpió durante algunos días la navegación por el canal, á pesar de las protestas de Lesseps. Asegurando prudentemente su marcha y procurando aislar á Arabí antes de atacarlo, Wolseley obtuvo pequeñas ventajas el 25 de agosto en Ramsés y el 25 en Gasasín, en el canal de agua dulce que va de Zagazig á Ismailia.

Wolseley daba tanta importancia á las operaciones diplomáticas como á las operaciones militares; negociaba con Arabí, como habían de demostrarlo los acontecimientos, y negociaba con Tewfik, que proclamaba á Arabí rebelde y constituía con Cherif y Riaz Pachá un ministerio favorable á los ingleses. No era menor el éxito alcanzado por lord Dufferin en Constantinopla: la Conferencia quedaba aplazada. Solos en presencia del sultán, los ingleses habían conseguido de él que declarase á Arabí insurrecto y rebelde. La Puerta había concedido esta declaración á lord Dufferin, con la esperanza de decidirlo á firmar el convenio militar que había de arreglar la intervención de Turquía en Egipto. Pero, una vez obtenida la declaración, lord Dufferin rompió las negociaciones: la acción militar común había terminado.

El 13 de septiembre, cinco días después que el sultán hubo abandonado á Arabí, sir Garnett Wolseley tomó á Tell-el-Kebir sin resistencia, avanzó hasta Zagazig,

subió tranquilamente al tren, y al día siguiente entró en el Cairo. La resistencia del partido militar había sido nula. Para ganar aquella victoria poco disputada, había bastado hacer dar á tiempo lo que los ingleses llaman ingeniosamente «la caballería de San Jorge.» La única población que hubiera podido defenderse era la de Damietta: Abdelal, que mandaba sus fuerzas, se rindió el 22 de septiembre. Lord Dufferin no había esperado su sumisión para anunciar, el 17 del mismo mes, á la Puerta, que era inútil enviar tropas á Egipto. El khedive pronunció por decreto la dislocación del ejército egipcio, que estaba disuelto de hecho desde el 13 de septiembre, y, el 4 de octubre, parte del cuerpo expedicionario inglés pudo empezar á evacuar el país.

Arabí y Tulba se habían constituido prisioneros. Citados ante un consejo de guerra, fueron defendidos por abogados ingleses, condenados á muerte y no ejecutados. Conmutóse la pena y Arabí fué deportado á Ceylan, al cuidado de Inglaterra. Así acabó la carrera religiosa y política del jefe del partido nacional egipcio. Este falso profeta, comediante mediocre, había provocado, ó tolerado al menos, la matanza del 11 de junio en Alejandría; había abierto las puertas de las cárceles á los presidiarios que saquearon é incendiaron los barrios no destruídos por la metralla inglesa; había constituido en el Cairo un ministerio en que la Justicia corría á cargo de Mussa-el-Akhad, el organizador de las matanzas de Alejandría, y había ilusionado á toda Europa el día en que el *Times* publicó su paradójico programa de gobierno parlamentario.

La intervención anglo-francesa no podía sobrevivir á los acontecimientos que acababan de desarrollarse en Egipto: su fin había precedido al de Arabí que no fué condenado hasta el 3 de diciembre. El 30 de octubre, Cherif-Pachá había cuidado de no convocar al Sr. Bredif á la Comisión de la deuda; Bredif protestó: Cherif-Pachá contestó simplemente que la intervención de dos era una institución *vicifala*, y Bredif fué llamado á Francia. Lord Dufferin, que había sido enviado de Constantinopla á Egipto para preparar, de acuerdo con sir Ed. Malet, la reorganización del país, sugirió á su gobierno la idea de hacer ofrecer á Francia la presidencia de la comisión de la deuda. Duclerc la rehusó, ya porque no quisiese para Francia un papel puramente honorífico, ya porque necesitaba la neutralidad benévola de Inglaterra en las cuestiones entonces planteadas de la influencia francesa en el Congo, en Madagascar y en el Tonkin.

A la reapertura de las cámaras (9 de noviembre), el presidente del consejo no hizo más que una alusión bastante vaga á la política exterior de Francia. Al reanudarse en enero las tareas parlamentarias, después de las vacaciones de fin de año, la declaración ministerial, consagrada exclusivamente á la política exterior era una aceptación de los hechos consumados. Estos hechos habían sido expuestos pocos días antes por lord Granville en una circular y se reducían á lo siguiente: el libre paso del canal asegurado, hasta en tiempo de guerra, pero con prohibición para las escuadras de cometer en el tránsito actos de guerra; la administración de la deuda sufriría algunos cambios de detalle; se establecerían tribunales comunes para los indígenas y para los europeos; el ejército egipcio sería reformado por oficiales

ingleses; se crearía un cuerpo de gendarmes; se daría á Egipto una Constitución más ó menos representativa y se haría una tentativa seria para la abolición de la esclavitud.

Los demás acontecimientos relacionados con la política exterior de Francia son posteriores al 28 de enero de 1883, fecha de la indisposición y de la retirada de Duclerc. El más notable es la reunión de la conferencia de Londres para el examen de las cuestiones relativas á la navegación por el Danubio, la adopción del proyecto transaccional preparado por el Sr. Barrere y la renovación, por veintidós años, á partir del 24 de abril de 1883, de los poderes de la comisión del Danubio.

La verdadera declaración ministerial del gabinete Duclerc no fué leída hasta el 9 de noviembre, en la apertura de la legislatura extraordinaria de 1883. Era muy extensa y constituía más bien un programa económico que un programa de gobierno. Según este documento, se podía contar con el poder ejecutivo para el mantenimiento del orden, pero la Cámara no debía contar sino con ella para mantener la unión en su seno y evitar las cuestiones que no permitiesen la formación de una mayoría de gobierno. Tres asuntos principales solicitaban su atención: la ley de hacienda, la ley sobre los reincidentes y la revisión de la ley de 30 de junio de 1838 sobre los dementes. Después de estas tres cuestiones, Duclerc enumeraba otras muchas, que sólo habían de ser resueltas (y no todas) al cabo de largos años de labor parlamentaria. El programa ministerial era todo un mundo. La extensa enumeración de materias terminaba con la afirmación muy seria en boca del honrado Duclerc, de que el gabinete no trataría de vivir al día con el solo apoyo de las mayorías accidentales, sin solidez ni seguridad.

Conforme á una costumbre que había adquirido la fuerza de una tradición, el Senado dispensó una adhesión calurosa á este programa; en cambio la Cámara lo acogió con tanta frialdad y reserva como en el mes de agosto. Sin embargo, la cámara se rindió dócilmente á los consejos del gobierno y, de acuerdo con él, emprendió inmediatamente la discusión de los presupuestos de 1883, que ocupó, tanto en el Palacio Borbón como en el Luxemburgo, casi toda la legislatura extraordinaria.

Además de esta discusión, hubo en el Senado y en la Cámara interpelaciones sin importancia y, fuera del Parlamento, sucesos sin gravedad.

Mientras tanto, la influencia francesa se extendía en el Africa del Norte, por la propaganda religiosa, por las armas y por los viajes de exploración. El 17 de noviembre, los franceses ocuparon el Mzab. Pocos días después, el Parlamento ratificó el tratado concluido con Makoko, rey de los Batekés. Este tratado, obra de Savorgnan de Brazza, cedía á Francia la margen derecha del Congo en su curso inferior. Y en Túnez, Si Laziz, primer ministro del nuevo bey, confió á un francés el cuidado de reorganizar el ejército.

Los presupuestos de 1883 habían sido presentados á la Cámara por Allain-Targé el 23 de enero de 1882, en vísperas de la caída del gabinete Gambetta. Habían sido preparados, como decía el ministro, «con el deliberado propósito de asegurar á la política democrática y progresiva una base financiera invariable.» Es decir que se conservaba el programa de Freycinet en materia de

obras públicas y el programa de Ferry en materia de construcción de escuelas, con la pretensión, sin embargo, de aligerar mucho ciertas contribuciones. El presupuesto de gastos se elevaba á 3.594.012.661 francos, resultando un aumento de más de 188 millones sobre el del año anterior, aumento ocasionado por el suplemento de pensiones militares que concedía la ley de 1881, por la creación del ministerio de Correos y Telégrafos, por la ampliación de las obras públicas, por el aumento de pensiones civiles, por el servicio de la deuda que había aumentado en 40 millones. Los ingresos eran evaluados por Allain-Targé en 2.945 millones, es decir, 139 millones más que los del anterior presupuesto. El déficit era de cerca de 649 millones, que debía cubrirse con los recursos de la deuda flotante ó con un gran empréstito cuya forma y fecha no se indicaban.

León Say presentó sus presupuestos el 2 de marzo de 1882. En el preámbulo expuso que la Deuda flotante iba á pasar de tres mil millones, que el estado del mercado, después de la crisis financiera de enero, era poco favorable para un empréstito, y, sin proponer que se renunciase á las obras empezadas, indicaba la posibilidad de un expediente, como el llamamiento á las compañías ferroviarias. Estimaba los gastos en 3.027 millones para el presupuesto ordinario y en 529 millones para el extraordinario, ó sea una disminución de 37 millones nada más sobre el proyecto de Allain-Targé y un aumento de 151 millones sobre el presupuesto de 1882. León Say recurrió á un nuevo sistema de evaluación de los ingresos, que le permitió elevarlos á 3.030 millones en vez de 2.945; pero este sistema de evaluación resultó equivocado en la práctica. En su proyecto el déficit se elevó todavía á cerca de 527 millones.

Hemos dicho que la Cámara, en vísperas de la caída del gabinete Freycinet, había aprobado el plan general de León Say. La comisión de presupuestos, cuyo ponente general era el Sr. Ribot, se había mostrado igualmente favorable á su proyecto, pero haciendo prudentes advertencias. Aceptando el convenio con la compañía de Orleans, que había de hacer ingresar 207 millones el 1.º de enero de 1883 y que era, de parte del Estado, un verdadero empréstito, la Comisión proponía en suma un presupuesto de 3.573 millones de gastos, de 3.013 millones de ingresos y de más de 560 millones de déficit. Este déficit debía cargarse á la Deuda flotante, puesto que Tirard, sucesor de León Say, había retirado el proyecto de convenio con la compañía de Orleans.

La discusión en ambas Cámaras reveló que, desde 1877 hasta 1883, los gastos generales habían aumentado en 863 millones. El crédito concedido para la Deuda pública y para las dotaciones ascendía á cerca de 1.354 millones. De las numerosas enmiendas al presupuesto de Cultos presentadas por Julio Roche, sólo se votaron tres, la que reducía en 30.000 francos los honorarios del arzobispo de París, la que suprimía el crédito para gastos de bulas é informaciones y el que reducía los gastos de establecimiento de cardenales, arzobispos y obispos. En la discusión del presupuesto de Guerra, el Sr. de Roys demostró que había cerca de 80.000 franceses dispensados de las obligaciones militares. Contestando á un diputado, el general Billot

anunció que parte del cuerpo expedicionario de Túnez sería reemplazado por compañías mixtas.

Respecto al presupuesto de Instrucción pública, fueron rechazadas numerosas enmiendas encaminadas á crear cátedras ó aumentar créditos para las bibliotecas populares y para las becas. La Cámara aceptó solamente la creación de una cátedra de literatura francesa de la Edad media en la Facultad de letras de París, la anexión de un laboratorio á la cátedra de patología de la Facultad de Medicina, una subvención para los viajes de los alumnos de la Escuela francesa de Atenas y gratificaciones á los maestros y maestras provistos de medalla de plata. Los capellanes de los liceos fueron mantenidos en sus puestos, pero fueron suprimidos los de las escuelas normales primarias.

El Senado sólo introdujo tres modificaciones en los presupuestos votados por la Cámara. Restableció dos modestos créditos de 20.000 francos para las congregaciones religiosas de Oriente y de 3.000 francos para un capellán en el Pritáneo militar, y redujo de 15 millones á 14 la subvención destinada á exonerar los municipios del descuento de un quinto de sus ingresos para asegurar la instrucción primaria gratuita.

La ley de hacienda fué definitivamente votada el 29 de diciembre de 1882. Durante el ejercicio de 1883, los gastos, en la práctica, excedieron tanto á los presupuestos, que el déficit se elevó á cerca de 753 millones.

El año de 1882, tan ruidoso y tan estéril, terminó con bastante tranquilidad: las agitaciones del mundo parlamentario no habían penetrado en la masa de la nación. La democracia urbana y la rural resultaban beneficiadas por la disminución de impuestos, por las obras públicas emprendidas en 144 líneas de ferrocarriles, por la construcción de escuelas hermosas é higiénicas; no era, pues, de extrañar que cobrasen apego á la República y esperasen sin impaciencia las reformas prometidas.

Nada hacía prever la muerte de Gambetta; nada hacía temer tampoco el alocomiento que iba á apoderarse de los poderes públicos y de las Cámaras y que demostró, mejor que todo lo demás, el puesto que el gran ciudadano ocupaba en el partido republicano y en el corazón del país.

Una herida, tenida desde luego por insignificante, produjo trastornos en un organismo cansado, en un cuerpo de apariencia vigorosa, pero gastado por quince años de vida pública y trabajo cerebral. El 31 de diciembre, minutos antes de la aurora del año nuevo, Gambetta expiró, rodeado de sus mejores amigos, en el modesto cuarto dormitorio de una casita de Ville-d'Avray. Al día siguiente, la noticia, difundida por los periódicos, causó en la inmensa mayoría de los franceses una especie de estupefacción dolorosa. Todos recordaban la gloriosa y lúgubre epopeya de la Defensa nacional; veían al joven tribuno haciendo surgir del suelo patrio legiones mal equipadas y mal armadas, pero llenas del mismo ardor patriótico y de la misma invencible esperanza que su *evocador*. Y después del año terrible ¡cómo había moderado el impulso de los republicanos más fogosos! ¡cómo había sabido disciplinar á su partido para conducirlo á la victoria! Y sobre todo, ¡cómo había preparado otra victoria, cómo había con-